

Carlos Fuentes, La región más transparente. Col, Letras mexicanas, Núm. 38, Fondo de Cultura Económica, 460 pp.

Pocas novelas han despertado, al momento de ver la luz, un interés mayor que *La región más transparente*. Esto no es grave. La intención ambiciosa del novelista, tanto en lo que respecta a la técnica, procedimiento, estilo, como en lo que se refiere a la materia, tema, asunto, lejos de fracasar, logra, en sus líneas generales, en la atmósfera que rodea a toda la obra, una muestra magnífica de novela innovadora en nuestro medio.

-Esta novela inaugura, a nuestro parecer, un nuevo ciclo en la novelística mexicana del presente siglo, y lo inaugura en el doble aspecto de tener el valor de enfrentarse —con las celebridades que se quiera- a nuestro modo de vida, y de realizarlo con la maestría de una pluma segura y entrenada. ¿Qué hay de influencias? NO importa. ¿No descubrimos siempre tras un gran escritor una o varias influencias? ¿No son fácilmente perceptibles tras de un Ignacio Manuel Altamirano un Pedro Antonio de Alarcón, tras de un José María Roa Bárcena, un Juan Valera, tras de un Sancho Polo, un Benito Pérez Galdós y tras de un José López Portillo y Rojas un Pereda, para no mencionar sino cuatro novelistas del siglo pasado? Y lo mismo ocurre con la gran mayoría de los novelistas del presente siglo.

Carlos Fuentes ha querido pintarnos todas las clases sociales mexicanas, más o menos en la década del cincuenta. Pero —y esto es uno de los grandes méritos de la novela en el renglón de la temática— no lo hace de un modo estético y descriptivo, sino de una manera genética y dinámica. Las clases presentes tienen su fórmula explicativa en el pasado, la burguesía actual —ejemplificada, verbigracia, en Federico Robles—, ha surgido de la revolución de 1910. El autor muestra una verdadera mano maestra en el cuadro que nos pinta de las clases altas e intermedias. Las fiestas de nuevos ricos, el modo de vivir de los aristócratas venidos a menos (la familia de Ovando), la pintura de intelectuales, etc., pueden ser considerados como hábiles estampas de la Vida

mexicana. Cuando la cámara baja un poco, cuando el novelista quiere vérselas con las clases bajas, no descubre, en términos generales, más que prostitutas, rateros, etc. Si en la pintura de las otras clases el autor se mueve con facilidad, aquí da tropiezos, las frases suenan a hueco, cae en el pintoresquismo folklorizante (ejemplo, la vieja Teódula), el argot utilizado por algunos personajes nos deja la impresión de un, escritor que apunta en una libreta las frases que escucha con suma atención... Las clases bajas son, fundamentalmente, el lumpen proletariado. Los obreros, aunque aparecen en la obra, desempeñan un papel insignificante. La actitud del novelista frente a las clases desvalidas es de cierto romanticismo populista, no logra advertir -o al menos, no lo destaca— el adecuado instrumento de una renovación social... El estilo resulta eficaz; pero los personajes —bosquejos, posibilidades de personajes— con excepción de tres o cuatro (‘Federico Robles, Rodrigo Pola, etc.) son inconsistentes y huidizos. Carlos Fuentes, por introducir a México en su novela, se ha visto en la necesidad de expulsar a los personajes, y esto constituye un desequilibrio estilístico, pero un intento encomiable, único en este momento de nuestra literatura, de encararse con la circunstancia mexicana de un modo crítico, genético, explicitador y pleno de audacia y honradez.

Enrique González Rojo